Arbor

Información, conocimiento, cultura y comunicación

Armando Alonso Piñeiro

Arbor CLXVII, 658 (Octubre 2000), 259-273 pp.

Introducción

El desafío que plantea el tópico de este trabajo no es nuevo para mí, puesto que vengo preocupándome por el tema desde hace varios años. Que pueda resolverlo con mínima efectividad ya es otro cantar. Pero lo intentaré.

De hecho, existe cierta interacción entre información, conocimiento, cultura y comunicación. Pero en los tiempos que corren, en el nuevo esquema sociocultural y tecnológico impuesto por la sociedad denominada mediática, esa interacción no siempre se traduce en íntima conexión. Peor aún. Existe un exceso de información que suele distorsionar el conocimiento y defraudar a la cultura. A menudo, la demasía de la información mata a la información, aunque ello parezca paradójico.

La aceleración en la transmisión de la información y en general de los conocimientos suele sabotear la comprensión. El incremento en la velocidad resulta tan vertiginosa que no siempre es posible encontrar las pausas para reflexionar sobre lo que acaba de llegar a nuestro cerebro. Y no me refiero sólo a los medios electrónicos -radio, televisión. Internet, sobre lo cual ya me ocuparé más adelante sino también a los medios escritos.

Existe, en primer término una acumulación desmedida de material.

Tómese al azar la edición dominical de cualquier diario en un país alta o medianamente desarrollado. Se verá entonces que la fenomenal compilación de sus secciones, la inclusión de suplementos, la entrega de revistas dentro de la misma edición, importa en definitiva un hacinamiento informativo no siempre testimonial e imposible de consumir. Se argumenta que semejantes entregas no obligan necesariamente al

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

ejercicio lectoral, y que para ello cada parte del periódico puede cómodamente distribuirse en la familia según las apetencias o intereses de cada miembro de ella. Es parcialmente cierto, puesto que por un lado siempre se deja un buen segmento de la edición en estado virginal, y por otro lo que se ha absorbido resulta de difícil impregnación. Me estoy refiriendo a las mayorías lectorales, porque siempre existen estrados aptos para una lectura razonada. Empero, los textos periodísticos vienen escritos con abstrusas figuras semánticas, no para confundir al usuario sino porque sus autores confunden periodismo con literatura, falsa identificación bastante frecuente. Nada tiene que ver una con la otra, más allá del hecho azaroso de que hay escritores dedicados al periodismo ocurriendo lo mismo a la inversa. Pero los buenos profesionales de ambas disciplinas no ignoran las distintas formas y estilos y saben adaptarse a las diferencias.

Modelos de transliteración

La transmisión de la información tiene una importante interacción frente a diversos estímulos que la condicionan. Ello ha ocurrido siempre. Véase el difundido pero siempre cautivante ejemplo de hace casi dos siglos. Cuando Napoleón escapa de la isla de Elba en dirección a París para ocupar el Palacio de las Tullerías, el diario oficial galo «Le Moniteur» va publicando prácticamente día a día el progreso de la marcha del Gran Corso. El 7 de marzo anuncia horrorizado: «El ogro de Córcega acaba de desembarcar en el golfo Jouan». Al día siguiente insiste: «El tigre ha llegado a Gap». El 9 de marzo apela al sustantivo espantable: « El monstruo ha pasado la noche en Grenoble». Tres días después encuentra una categoría más humana: «El tirano ha pasado por Lyon». El 16 de marzo el diario advierte con prudencia: «El usurpador se halla a cuarenta leguas de la capital». Una jornada más tarde: «Bonaparte avanza a grandes pasos, pero no entrará jamás en París». El 19 de marzo, convencido de lo inevitable, el titular avisa simplemente: «Napoleón estará mañana al pie de nuestras murallas». El 20 de marzo, lejos de clasificaciones zoológicas y agravios de otra laya, el periódico comunica respetuosamente: «El Emperador ha llegado a Fontainebleau». Y el corolario, el 21 de marzo, es una síntesis admirable de la interacción político-informativa en el contexto de la época: «Su majestad Imperial ha hecho su entrada en el día de ayer al castillo de las Tullerías, en medio de sus fieles súbditos».

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

En realidad, ejemplos de este tipo de transliteración mental pueden encontrarse en otros modelos contemporáneos. Pero citaré brevemente un caso perturbador de reciente actualidad, capaz de suscitar en un futuro no tan lejano un cataclismo humano y lingüístico. Las disposiciones gubernamentales de China que al establecer el control de la natalidad prohiben gestar más de un hijo, pueden borrar del lenguaje tanto la palabra hermano como el sentido de la fraternidad parental.

El acelerado y cambiante panorama de la tecnología de la información provoca fenómenos de renovación y enriquecimiento lingüístico —si bien a costa de la contaminación de palabras de origen inglés en idiomas como el español—, pero también la desaparición de conceptos fundamentales, según el citado antecedente chino. Aquí, más que una interacción Informática, se produce una desinteracción, si se permite el neologismo. Y ello comporta un proceso más grave que la profanación de una lengua mediante el injerto de vocablos extranjeros, porque daña la esencia de una condición humana, de la cual el lenguaje es su más noble conductor porque contribuye a modelar el núcleo de la identidad personal y social.

Globalización y lenguaje

En una comunicación académica todavía inédita, he señalado la interacción entre globalización y lenguaje, inclusive y especialmente en el lenguaje inglés, con notable repercusión en el resto de los idiomas. Esto ha surgido a propósito de un análisis elaborado por los expertos italianos Fabrizio Tonello, Mario Isneng y Adone Brandalise —académico, historiador y experto en comunicación, respectivamente— que estudiaron la gravitación en el lenguaje de los nuevos conflictos bélicos, mediante un estudio elaborado para la Universidad de Padua: «Desacreditado por la derrota de Vietnam —afirman estos catedráticos—, el estilo tecnocrático volvió a escena tras la caída del Muro de Berlín: con una sola superpotencia ya no hay guerras, sino **intervenciones** y **acciones de política internacional**. Han desaparecido del lenguaje vinculado con las acciones bélicas las palabras **derrota** y **valor**. La primera, porque resulta inapropiada para la soberbia de los artífices de los conflictos. La segunda, porque el tradicional coraje militar ha dado paso a las operaciones computadas». Y añado por mi cuenta: «También está en trance de disiparse el término **soldado**, ya que los ejecutores son pilotos. No se habla de **enemigos**, sino de **objetivos**. No se vence: se ofrecen muestras **de éxito**. No hay **guerra**, sino **ope-**

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

raciones. Se esfuma la palabra **patria**, porque es inconveniente para los ejércitos combinados de varios países. Las casas destruidas y los civiles muertos ahora se denominan, no matanzas, sino errores o **daños colaterales**. Es el nuevo lenguaje críptico que intenta disimular los horrores, utilizando subterfugios lingüísticos revestidos de pretendido brillo».

Pero el peligro de los eufemismos es que puede modificarse toda una estructura de pensamiento, acostumbrándonos a la barbarie gracias al aterciopelado uniforme de palabras embozadas.

Conocimiento y cultura

Vayamos ahora al conocimiento, que es un estadio superior al de la información. Ambos pueden interactuarse, pero no necesariamente. La información es un camino de aprehensión de determinados datos, generalmente útiles para ciertos objetivos preestablecidos. El conocimiento es la necesidad del hombre de discernir su propio yo. Y avanza por lo general en algo más profundo, como el ansia de entender las causalidades de los fenómenos y experiencias que lo afectan. Como bien se ha dicho: «Para muchos el conocimiento es indisciplinado, incoherente e inconsistente. Carece de esa máxima seguridad capaz de resistir la crítica investigadora». Por supuesto, los expertos que más se han preocupado por este tema son los filósofos capaces de diferenciar el conocimiento de la superstición y aún de la mera ignorancia. Por eso han hecho del conocimiento una disciplina concreta, la epistemología.

Cuando el conocimiento es transmitido de manera adecuada, la información alcanza su nivel correcto de credibilidad y ambos interactúan armoniosamente. No sucede, por desgracia, con frecuencia.

El ámbito de la cultura es todo un continente aparte. Una de las definiciones más acabadas es la que dice: «Se trata de un conjunto organizado de respuestas adquiridas y valores asimilados —o acervo de actividades humanas—, no hereditarias o ingénitas, que comparten los miembros de un grupo. La cultura se transmite socialmente (...). La cultura cifra y resume toda la experiencia vital de cada individuo».

Con ser esmerada, la exposición resulta, sin embargo, incompleta

Un estudioso como Bagby amplía la información, dándole a la cultura el carácter de regularidades «en el comportamiento interno

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

y externo de los miembros de una sociedad, con exclusión de aquellas regularidades que son claramente hereditarias por su origen». Aquí hay una sutil diferencia con la descripción anterior, ya que se acepta la posibilidad de conductas congénitas. La conclusión final de este autor recala en esta atrayente apariencia de silogismo: «La cultura es el aspecto inteligible de la historia». La cultura incluye valores, algo en lo que no todos los teóricos están de acuerdo, pero que a mi me parece un aserto incontrovertible. Algún autor —caso de A.L. Kroeber— acierta cuando puntualiza que es necesario dividir lo cultural de lo social, con un ejemplo de peso: los insectos sociales como las hormigas conforman una sociedad, pero carecen de cultura. Y añade con justeza: «La cultura puede existir únicamente cuando existe una sociedad e inversamente toda sociedad *humana* está acompañada por una cultura». De allí que no puedan estudiarse ambos fenómenos de manera separada.

A esta altura de las reflexiones, parece también cristalino el hecho de que tener cultura no necesariamente implica erudición . Si bien el erudito posee ineluctablemente cultura, este condicionamiento no se da en el caso inverso; el culto puede carecer —y de hecho, carece— de erudición.

Todos estos procesos están imbricados y relacionados en un contexto social, en la existencia de una sociedad que determina ciertas características de conocimiento, de cultura, de educación, y por supuesto de información. Como bien concluye Arnold J. Toynbee, la «sociedad es la urdimbre total de relaciones entre seres humanos. Los componentes de la sociedad no son pues seres humanos, sin que son relaciones entre éstos (..) Un conjunto visible y palpable de personas no es una sociedad; es una multitud. Una multitud, a diferencia de una sociedad puede reunirse, dispersarse, ser fotografiada o ser objeto de una masacre. Desde luego los seres humanos que componen una multitud pueden asimismo hallarse en relaciones sociales entre sí».

Finalmente, en el análisis de estos fenómenos humanos quedaría la utilización de la palabra y del concepto *civilización*, que para seguir al estudioso británico bien podemos decir que «se ha hecho corriente en todas las lenguas modernas para designar una clase o fase particular de cultura que existió durante una particular edad». Pero en tiempos recientes se ha puesto de moda aplicar esta clasificación a instrumentos exógenos a nuestra civilización pero que terminan perteneciendo a ella, como es el caso de la civilización tecnológica, de explosiva expansión en los últimos cincuenta años.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

Reflexión humanista frente a la tecnología

Cuando digo que información, conocimiento y cultura son parte del mundo o de la disciplina de la comunicación —por más que ésta última posee una vida propia escindida— no estoy diciendo nada nuevo. Pero si me detengo en las implicancias que este proceso ha acarreado en las últimas décadas se verificarán resultados por lo menos alarmantes. Prácticamente ha desaparecido en el mundo el género epistolar, que en el pasado llegó a ser una expresión importante de la literatura mundial. La transmisión escrita bidireccional era enriquecedora, alcanzando en muchos casos cumbres de vitalidad, belleza y profundidad. El teléfono fue suplantando lentamente al mensaje escrito, dada la rapidez de la nueva comunicación. Se había perdido el intercambio moroso de pensamientos y aún de simples noticias, pero al menos se había conquistado otra dimensión del contacto humano, con el añadido de la calidez implícita en la voz.

También esta forma de calidad está siendo superada por otras manifestaciones de la tecnología, que si bien siguen vinculadas al teléfono —como el fax—, están distanciando la posibilidad de la dicción sónica. Se ha añadido la computación. con los e-mail, otra vía despersonalizada de transmisión humana.

Ciertamente, los nuevos artilugios electrónicos permiten, Internet mediante, la conversación entre dos o más personas de viva voz cualquiera sea la ciudad del mundo donde están los interlocutores. Pero en este caso se ha extraviado la posibilidad de la privacidad.

Por añadidura, cada vez más la comunicación telefónica se está transforma en algo mecánico y distante, con el aditamento frecuente de los sistemas grabados, que convierten la conversación en un monólogo, instalando la molesta sensación de estar conversando —es un decir— con una máquina. Las cintas preimpresas que concluyen abruptamente su soliloquio sin dar posibilidad de una repregunta, los espacios vacíos en las comunicaciones telefónicas para que el llamador inserte su mensaje con la vaga esperanza de obtener una respuesta diferida, son todos estos adminículos y recursos mecánicos una vertiente de incomunicación.

Va de suyo que no pretendo enhebrar un alegato contra la tecnología, sin duda productora de una mejor calidad de vida en enorme cantidad de situaciones. Pero al menos intento ensayar una advertencia humanista en un universo profundamente automatizado.

Sería una torpeza postular la negación o desaparición de la tecnología moderna que permite tantos beneficios de todo orden. Pero así como

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

existen drogas insuperables para el dolor y las enfermedades humanas, estas mismas drogas consuman males irreparables cuando son utilizadas indiscriminadamente, creando así adicciones que concluyen en cuadros patéticos.

Los nuevos instrumentos de la comunicación electrónica están creando no sólo adicciones —ya empiezan a difundirse determinadas dolencias oculares, neuromusculares y posturales—, sino que gestan males sociales asombrosos. A comienzos de 2000 la Universidad de Stanford difundió las conclusiones de un estudio llevado a cabo por Norman Nie, profesor de ciencias políticas de dicho establecimiento. El análisis realizado sobre cuatro mil ciento trece usuarios de Internet pertenecientes a la misma Universidad señaló que la red «vuelve más solitaria a la gente y la impulsa a pasar más tiempo en la oficina». Afirma el autor del estudio: «Estamos yendo de un mundo en que uno conoce a sus vecinos y ve a sus amigos a otro muy distinto, donde la interacción sucede a distancia».

Si la interacción personal y la relación con los medios más tradicionales —caso de la televisión o la prensa escrita— sufre hoy en día a consecuencia uso intensivo de Internet, siempre hay alguien que se beneficia. En este caso, determinados empresarios que instan a utilizar sin límites esta tecnología, dando como resultado que una cuarta parte de los entrevistados en el estudio de referencia confesó haber aumentado el tiempo que pasan trabajando en el hogar, a la vez que las horas de oficina habían permanecido invariables en algunos casos, y otros crecido notablemente.

Como suele suceder en tales casos, se alzaron algunas voces opuestas a las conclusiones del análisis. Una experta de la Universidad de Vanderbilt, Donna Hoffman, considera que no existe una prueba fehaciente sobre sus resultados.

Fidedigna o no, los síntomas de un aislamiento social se repiten por doquier, sentando un duro e inquietante precedente sobre la discutida viabilidad humana de una comunicación informática.

La tentación de manipular

Si la comunicación encarna, como bien lo ha explicado un especialista en materia, «una interacción social mediante mensajes», resulta estimulante que nunca en el pasado como ahora se haya popularizado de manera tan masiva la transmisión de mensajes de toda índole. Dice George Gerbner («Los medios de comunicación de masa y la teoría

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

de la comunicación humana», en Frank E. X.. Dance, *Teoría de la comunicación humana*, Ediciones Troquel, Buenos Aires, 1973, p. 66): «Distantes narradores de relatos producen y, en masa, nuevos cuentos hora a hora y cuentan a millones de niños, padres y abuelos al *mismo tiempo.* Nunca hubo tantas personas en tantos lugares que hayan compartido en tal medida un sistema común de mensajes e imágenes y a los cuales se les inculquen supuestos acerca de la vida, la sociedad y el mundo, en cuya elaboración han intervenido en tan escasa medida. La trama de la cultura popular que relaciona entre sí los elementos de la existencia y estructura la conciencia común de lo que es, lo que es importante y lo que es correcto, es en la actualidad, en gran medida, un producto manufacturado». Si se repara en que el prestigioso ex Decano de la Escuela de Comunica de la Universidad de Pennsylvania estampó estas palabras hace más de un cuarto de siglo, resulta fácil advertir el salto gigantesco que ha dado esta definición en la actualidad. Ya no se trata de la palabra hablada, sino de la palabra escrita y de las imágenes que horadan en fracciones de segundos los espacios del mundo en una asombrosa galaxia de intercomunicación globalizada.

Aproximadamente mil millones de personas de todas las razas y pensamientos comparten hoy en día este extraordinario fenómeno de interacción, cifra que aumenta exponencialmente a medida que transcurren los años. Este proceso sin precedentes de imagen y palabra instantánea, o en tiempo real, comporta también e inevitablemente, algunos peligros que exigen una asunción de responsabilidades por parte de Estados y de círculos específicos, según corresponda. Me refiero a los problemas vinculados con la violación de la privacidad, a la masificación inútil d la información, a la penetración indebida de ideologías extremistas y de recursos ilícitos. Así se va conformando un mundo que puede resultar hasta incómodo si no se asume una competente reflexión.

Por ejemplo, el riego de que los medios electrónicos e informáticos incurran fraudes capaces de alterar el pasado y el presente. Las grabaciones telefónicas a que me he referido más atrás son susceptibles de ser manipuladas mediante inserciones de trozos falsos de conversaciones, algo sumamente fácil de obtener en laboratorios.

La falsificación de imágenes mediante la digitalización no es una fantasía del futuro, sino un hecho riguroso de hoy en día. Ya lo había hecho con éxito Woddy Allen en una de sus películas, al insertar figuras reales o imaginarias en un contexto anacrónico, con personajes fallecidos varios años atrás. En el caso comentado podría existir cierta lenidad

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

en el juicio, puesto que estaba claro el montaje de la operación, por lo demás preanunciado como correspondía.

¿Pero qué ocurre si se hiciera en la realidad, sin conocimiento previo ni denuncia posterior? Estampada esta pregunta, ya perdió su signo interrogativo. Porque, en efecto, ocurrió en los hechos cotidianos, en las emisiones del Año Nuevo de 2000. Los norteamericanos que sintonizaron CBS Evening News para seguir los festejos neoyorquinos en Times Square, vieron un aviso de esa cadena en corazón de la famosa esquina, por detrás del presentador, Dan Rather.

El problema fue que ese aviso no existió en la realidad, sino que fue insertado en forma digital para ocultar nada más ni nada menos que un aviso del canal rival NBC.

Al revelarse el turbador episodio, el diario Herald Tribune reconoció que «la inclusión de imágenes digitales es muy habitual en programas deportivos de entretenimientos, pero es considerada grave en los programas de noticias, un género en el que la realidad es considerada sacrosanta y donde ocultar información los televidentes es infringir las reglas periodísticas».

No puede compartirse totalmente la tesis del periódico norteamericano, porque toda inclusión de imágenes digitales comporta una tergiversación de los hechos, no viniendo al caso si éstos son deportivos, políticos o publicitarios. La violación de la ética no puede basarse en parámetros de oportunidad o sectorización. Se trata de un principio inamovible, parte indestructible de la conducta humana vinculada con la conciencia moral de la civilización. La tentación de modificar o insertar imágenes implica que en el futuro pueda falsificarse lo que entonces será considerado historia, lo cual resulta inadmisible a todas luces.

Para volver al ejemplo comentado, una figura consular del periodismo televisivo de los Estados Unidos entendió perfectamente estos principios. Se trata de Walter Cronkite, conductor de CBS Evening News entre 1961 y 1981, hoy decano del periodismo especializado: «Espero que la CBS advierta que cometió un serio error —manifestó—. A mi modo de ver, la utilización de ciertas tecnologías en las organizaciones periodísticas es algo imperdonable».

Pero de todas maneras se ha producido un debate, porque no todos los responsables implicados en el grave episodio se ponen de acuerdo. Así el conductor del noticiero, Dan Rather, pidió disculpas públicamente: «No encuentro justificación. No había considerado las implicaciones éticas de la cuestión, y me equivoqué. Estoy muy desilusionado».

Sin embargo, en la CBS insisten en haber tomado una decisión correcta al alterar los fondos de las imágenes de su noticiero para

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

hacer desaparecer el logo de la competencia. Y esta falta de responsabilidad abre un cono inimaginable de sorpresas. Las cadenas norteamericanas de noticias están ahora a las puertas de un nuevo debate, con el tremendo riesgo de que se produzca una contaminación en cadena, y no solamente en los medios electrónicos de comunicación. Me consta que aunque todavía no se haya efectuado, algunos diarios se han visto tentados a manipular determinadas fotografías, para cambiar la realidad. En algunos casos, a fin de **borrar** imágenes publicitarias, evitando la difusión sin cargo de productos comerciales. En otros, para alterar hechos no coincidentes con el gusto del redactor de turno.

No ha ocurrido todavía. ¿O sí?

Desgraciadamente, esta polémica recién comienza. Estamos frente a un dilema de factura técnica que hace a la esencia moral de las cuestiones más importantes del acontecer cotidiano. La actividad delictiva de los *hackers* en informática será un juego infantil al lado de lo que puede sobrevenir en este terreno.

¿Un futuro sin historia?

En una comunicación académica inédita al aparecer el presente trabajo, señalé la preocupación que implica la posibilidad de perder parte de la historia contemporánea.

La reflexión viene a cuento porque en diciembre de 1999 se difundió en algunos círculos la verificada certeza de la fragilidad inherente a los registros de los discos de computadoras. «La descomposición parcial de un registro digital hace ilegible lo que se quiso grabar, según pruebas realizadas en el Laboratorio Nacional de Medios de los Estados Unidos. Se llegó a la sorprendente conclusión de que las cintas de vídeo en el formato VHS, de la mejor calidad y conservadas a temperatura normal de una habitación, almacenan los datos solamente por espacio aproximado a una década. Pero los discos CD-ROM son aún más precarios, porque luego de cinco años de uso, la mayoría se convierte en ilegible.

Por supuesto los técnicos y científicos están trabajando intensamente para encontrar otras soluciones, otros materiales que conjuren esta catástrofe. Y no es un tremendismo apelar a tales imágenes. La presidencia de Bill Clinton, en los Estados Unidos, ha acumulado ocho

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

millones de documentos que en vez de ser trasladados al papel fueron digitalizados en discos rígidos, y ahora se corre el peligro de que las generaciones futuras pierdan todo este registro».

Luego, y apelando a mi experiencia de historiador, señalaba: «Este terrible futuro sin historia nunca se había planteado en la civilización. Los documentos históricos que los profesionales tenemos a la mano suelen contar con siglos de antigüedad, escritos en buena tinta sobre sólidos papeles que han pasado casi indemnes el paso del tiempo. Hasta las clásicas fotografías de hace un siglo, si bien descoloridas y ajadas, son rescatables en sus imágenes».

Para el director de la Federación de Bibliotecas Digitales de los Estados Unidos, Donald Waters, la comprobación científica del autoborrado digital constituyó un duro golpe a la suficiencia de la tecnología computada. El problema, dice Waters con pesar, «es una bomba de tiempo, cuyo impacto sólo se percibirá cuando ya sea tarde para impedirlo».

Tales son los factores que suscitan tan desveladas meditaciones: el aislamiento social, la violación de la privacidad, la aparición de nuevos delitos por vía de la informática, la falsificación de imágenes y el fraude de la historia, con el añadido de una posible pérdida de los testimonios contemporáneos que hacen a la memoria del mañana.

Biología de la comunicación

Es probable que este cuadro implique la necesidad de una redefinición de la comunicación, en la medida que se está produciendo una crisis de su significado, extensible a las nociones de la información, del conocimiento y de la cultura.

Mientras estas tres últimas disciplinas **pueden** ser unidireccionales —**pueden**, pero no necesariamente lo son—, la comunicación es una transmisión interpersonal. El vocablo se origina en el latín **munia**, vale decir **servicio**. En cualquier diccionario de la vieja lengua del Lacio veremos que el sustantivo se define como «obligaciones públicas o privadas», o bien «obligaciones de la vida». A todos los efectos semánticos, resumo en **servicio**, lo cual implica la interacción, **la acción entre dos o más personas**, no la individualidad amorfa y sin interlocutor cierto. El holandés Joost Meerloo, que ha estudiado estos problemas con solvencia, recuerda a propósito de ello que «en tiempos pasados el pueblo elegido tenía **inmunidad**; estaba libre del inconveniente de prestar servicio público. Otros eran **excomunicados** como

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

castigo o por desdén. Estos últimos eran los comunicantes equivocados, no suficientemente valiosos para compartir la vida comunal y participar en ella. No se los consideraba aptos para experimentar cosas en común. El más elevado intercambio y comunicación que uno podía tener era con los dioses, participando de los santos sacramentos y haciendo respetar los tabúes».

Repárese, pues, en el complejo alcance de la comunicación y en la punitoria significación de la **excomunicación** o del **excomunicado,** equivalente éste último al de exiliado, desterrado.

Comunicación implica, entonces, el intercambio mutuo, el intercambio social, la reciprocidad en la información o en las sensibilidades, todo ello opuesto a la posibilidad del aislamiento social antes mencionado. La comunicación es un instrumento transaccional donde siempre existe un emisor y un receptor. Toda otra alternativa es inviable. De aquí la importancia de una interacción que se deteriora al utilizar erróneamente determinadas herramientas de la tecnología moderna.

«El arte no es nada si no es comunicación», ha reflexionado Berlin (Isaiah Berlin, *El sentido de la realidad,* Taurus, Madrid, 1998, p. 289). El pensador ha comprendido la amplitud y la belleza de la comunicación, nociones que parecían inconmovibles hasta no hace mucho.

La comunicación, el conocimiento, la información están siendo víctimas de los extremismos de los medios digitales. En primer término, del anonimato típico de Internet, repositorio de tantas diatribas, ataques personales y otros hábitos antisociales, que ha hecho decir al filósofo Jeff Rutenbeck: «Me ha despertado curiosidad saber por qué Internet parece inspirar y alentar el vituperio, por qué parece ser un lugar tan poco civilizado. También me he preguntado si el ciberespacio cumple con la promesa de traer una nueva edad de libertad de expresión si introduce una nueva tiranía gobernada por los pocos que tienen poder tecnológico».

Pero existe otro factor deformante: la transitoriedad de los mensajes por vía de la continua transformación sin sentido, lo que se ha dado en llamar «la promesa de una ilimitada ductilidad, el hecho de que nada está terminado, todo es maleable, toda forma de comunicación puede ser revisada, transformada y manipulada para que se convierta en cualquier cosa que queramos que sea».

La fascinación que suelen tenerse ante los medios digitales se funda en la sensación de poder y control, algo que nunca había ocurrido en el pasado con ningún otro instrumento de comunicación. Vuelvo a Rutenbeck: «Los medios digitales socavan la autoridad de los hechos basados en el texto impreso al descartar las ideas de verificabilidad y

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

autenticidad en favor de nociones tecnológicamente pertinentes como la relatividad y la falsificación». El sentido de irresponsabilidad que emerge de Internet —debido a su carencia de editor cierto— suele transfundirse con la posibilidad de manipular la identidad. Acaso constituya una de sus características más perturbadoras, puesto que la obligación ética y legal ante terceros es uno de los más importantes atributos de la sociedad contemporánea.

Para volver, a riesgo de reiteración, al planteo de la excesiva aglomeración informativa de los medios digitales, Umberto Eco se ha visto asaltado también por tales inquietudes, y lo ha dicho con su habitual claridad: «Una bíbliografía de veinte títulos es muy útil puesto que usted retiene finalmente tres obras que leerá. Pero, ¿qué hacer con una bibliografía de diez mil títulos obtenidos apretando una sola tecla de la computadora?

Hace casi tres décadas un psiquiatra de fama mundial se escandalizaba por la tendencia naciente a perderse el arte de entrevistar, ante la invasión de artilugios técnicos destinada «a poner a prueba o medir la psique de un hombre». El arte de entrevistar —tan común a la tarea cotidiana del psiquiatra como del periodista— suele ser reemplazado por la grabación, a fin de que ésta pueda ser estudiada **a posteriori.** Tanto la psicoterapia como la disciplina profesional del entrevistador periodístico se han convertido, al decir del mismo especialista en un laboratorio de microlingüística.. La saludable propensión se va extraviando lentamente, desapareciendo los beneficios de la asociación libre del lenguaje hablado.

El aludido arte de entrevistar se había convertido —como antaño el esfumado género epistolar— en una especialización prestigiosa, susceptible de la interacción creadora entre entrevistador y entrevistado. Es cierto que en la actividad periodística no se ha eclipsado del todo, pero los caminos substitutos —la grabación, el envío de un cuestionario para ser devuelto más tarde— reemplazan la comunicación humana instantánea con todas sus ricas posibilidades creativas y de incitación, respuesta y repregunta.

El idioma como bien social y cultural

Existe, finalmente, un daño de otro carácter que los medios masivos de comunicación —muy particularmente los electrónicos, y en especial la radiotelefonía— televisión incurren reiteradamente y cuya denuncia se hace con frecuencia en muchos países de habla hispana. Y ello,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

para referirme exclusivamente al área lingüística que nos compete, porque el problema existe también en otros idiomas.

Me refiero a la corrupción del lenguaje. ¿Y por qué especialmente los medios audiovisuales y no tanto los escritos? Porque éstos tienen a su favor la temporalidad, la reflexión aunque fuese de minutos, mientras que los electrónicos viven con la fugacidad y la inmediatez. Esto no los excusa, pero lo explica. Para evitar la descomposición sintáctica sería necesario imponer reglas estrictas, a la manera de los manuales de estilo de los grandes diarios del mundo.

Ya en 1992 —y el problema es, ciertamente, anterior a esta fecha— el académico español Fernando Lázaro Carreter había advertido la cuestión, responsabiliza a los medios masivos de comunicación. «Hoy en día —señaló—, los políticos, profesores y periodistas hablan y escriben con perfecta impunidad, sin recibir ningún tipo de sanción. El problema es que la voz pública llega a más gente a través de los medios de comunicación y las incorrecciones se notan más».

Nuestra lengua, en efecto, está acechada por serios peligros, como el empleo de anglicismos, la ruptura de sintaxis y la influencia de las lenguas comerciales. Las bases de tales distorsiones fincan en un desarrollo inorgánico de las comunicaciones masivas, que al utilizar palabras o nociones incorrectas, se legitiman automáticamente en virtud del deslumbramiento inurbano que poseen estos instrumentos. Quedan, así, instaladas en el lenguaje corriente, incurriendo en graves daños de difícil o imposible reparación.

El idioma, como es sabido, es un bien social, y las palabras tienen su propia biología. Pero esta biología está sujeta a toda clase de influencias, no siempre benéficas. En el pasado, los cambios en una lengua eran lentos, legitimados por el uso de muchos años de los pueblos respectivos. Pero actualmente la velocidad de la transmisión informativa ha modificado reglas tan tradicionales.

El venezolano Arturo Uslar Pietri ha definido el tema de la siguiente manera: «El mayor de los bienes culturales es, precisamente, la lengua; toda cultura está expresada y contenida en ella y mantiene la más estrecha relación de presencia y destino. No solamente no se hace lo necesario para crear una conciencia de defensa de la lengua como supremo bien cultural, sino que la propia circunstancia de la presencia continua y múltiple de los medios de comunicación masiva la someten diariamente al más peligroso proceso de erosión, desfiguración y rutina».

Cuando Antonio de Nebrija, en el axial año 1492, y con motivo de la aparición de su formidable Gramática de la Lengua Castellana, le recordó a la Reina Isabel que «la lengua es la compañera del Imperio»,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

sentaba los fundamentos geopolíticos de la lengua española. Siglos más tarde, otro eminente especialista, Andrés Bello, presintió la posibilidad de una corrupción del idioma, un riesgo que es inherente a todas las lenguas, como lo demuestra la historia de la filología y de la lingüística. Había ocurrido con el latín en época del Imperio Romano. Pero Usla Pietri advierte: «El peligro ahora es otro mucho más efectivo y amenazante».

Se trata de la inmensa y anónima labor de destrucción diaria que hacen, en e uso de la lengua, los poderosos medios de comunicación de masas que dominan escena de nuestro tiempo. Nunca hubo una amenaza más grande contra ese bien cultural supremo y nunca se estuvo más desarmado ante él».

Y nunca se estuvo más desarmado debido a los azares multiplicados de la globalización. El ya citado Berlin apuntó que el idioma es un factor de nacionalismo (Isa¡ah Berlin, ob. cit., pp.359/361).

Las páginas anteriores no pretenden más que —como le dije al principio— postular una preocupación ática sin cuestionar el trasfondo fructuoso del progreso de la tecnología. Pero como ha ocurrido en innumerables oportunidades en el desarrollo de la historia mundial, un progreso sin contenido moral, una expansión que sólo se funde en los falsos principios del relativísmo conlleva el riesgo de confundir los fines con los instrumentos, de ingresar en un período decadente con la certeza de absolutismos y despotismos, no importa si éstos provinieren de los poderes estatales o de los intereses privados.

Quienes creemos en los valores del humanismo —y somos muchos en el mundo aunque dispersos y en la virtuosa eficacia de resguardar la conciencia moral de la civilización, deberíamos unir esfuerzos para alertar sobre los peligro que creo haber resumido anteriormente.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es